

¿Pero es acaso cierto que los hombres han hecho todo esto? se pregunta uno delante de aquel espectáculo.—¿Es una ciudad de verdad, ó lo será cuando crezca el año que viene?—¿Habrá sido fabricada para una fiesta, y la semana próxima se desbaratará como las tiendas de una feria é irá empacuetada á los almacenes de Amsterdam?..

¡Ah, qué bromistas son los holandeses!

ALKMAAR.

El barco, despues de pasar Zaandam, se deslizó todavía largo trecho en medio de dos filas no interrumpidas de molinos de viento, tocó en algunos pueblos, y volvió en el canal de Marker-Vaart, atravesó el lago de Alkmaar y entró, por último, en el gran canal del Norte.

No conseguiría jamás expresar, por mucho que me esforzase, el sentimiento de soledad moral, de alejamiento, y estoy por decir de extravío, que experimenté solo, en medio de una multitud de aldeanas, coronadas con sus diademas, como reinas, é inmóviles como ídolos, que iban conmigo en el piróscapo, deslizándonos rápidamente con la tranquilidad de la góndola, que cruza en la llanura indefinida y uniforme de la inmóvil superficie de las aguas bajo aquel cielo melancólico.

En ciertos momentos me preguntaba á mí mismo de qué manera me encontraba allí, á dónde iría á parar, cuándo volvería á mi patria. Y

no solo sentía la nostalgia de mi país, sino que también me asaltaba la de Amsterdam y El Haya como si el país que atravesaba estuviese tan lejano de la Holanda meridional cuanto de Italia; y hacía el propósito de no viajar más en mi vida solo, pareciéndome que era un imposible poder tornar á casa.

En aquel punto me encontraba propiamente en el corazón de la Holanda del Norte, de aquella pequeña península bañada por el mar del Norte y por el golfo de Zuiderzee, que es casi toda más baja que las aguas que la circundan y que está defendida por una parte por las dunas y por otra por los inmensos diques, cortada por infinita red de canales, de lagos, de lagunas y pantanos, que le dan el aspecto de una tierra mitad sumergida y destinada á desaparecer bajo las ondas. En todo el espacio que se abrazaba con la vista no se veía sino alguno que otro grupo de árboles, ó alguna que otra vela de buque, ó alguno que otro brazo de molino.

El trecho del canal del Norte que recorría nuestro barco correo en aquel punto, flanquea el Beemster, la más grande extensión de tierra que ha sido desecada en el siglo XVII, uno de los cuarenta y tres lagos que cubrían antiguamente la provincia de Alkmaar y que se trasformaron en bellísimas praderas. Este Beemster que abraza una superficie de siete mil hectáreas, se admi-

nistra como todos los otros *polders* por un comité elegido por los propietarios, que hace los gastos con el producto de un impuesto repartido por hectáreas, y dividido en un gran número de cuadrados ceñido por caminos enladrillados y por canales, que lo hacen parecer un inmenso tablero de ajedrez.

Siendo el fondo casi tres metros y medio más bajo que el nivel de Amsterdam, las aguas torrenciales deben ser continuamente extraídas por medio de molinos, que las vierten en los canales, las cuales á su vez las conducen al mar.

Hay en todo el *polder* cerca de trescientas factorías, que poseen unas seis mil bestias bovinas y más de cuatrocientos caballos. No se ven otros árboles sino chopos, olmos y sauces, agrupados alrededor de las casas para defenderlas del viento; todo son prados, y como el Beemster son los demás *polders*. Los únicos objetivos que reclaman la atención en aquellas verdes llanuras son las antenas, que mantienen nidos de cigüeñas y algun que otro esqueleto de ballena, antiguo trofeo de los pescadores holandeses, colocado derecho en la tierra para que se rasquen contra él las vacas. Todos los trasportes entre las haciendas se hacen por medio de barcas; en las casas se entra por un puente levadizo que por las noches se levanta como puente de fortaleza; el ganado padece sin guardianes; los ánades y los cisnes corren libremente á lo

largo de los canales; todo respira seguridad, paz y abundancia. Son, con efecto, estas las provincias en las cuales florece en toda su belleza aquella famosa raza bovina, á la que debe Holanda gran parte de su riqueza; algunas vacas enormes y pacíficas, dan hasta treinta litros de leche al día; las descendientes de aquellos gloriosos animales que en la Edad Media fueron conducidos para ennoblecen las razas á Francia, Bélgica, Alemania, Suecia y Rusia, son aquellos soberbios animales que se ven en estos prados; y de ellos se cuenta, segun tradicion de sus antepasados, que atravesaron el continente hasta Odesa, haciendo paso á paso el camino que recorrieron las grandes invasiones germánicas.

Con la leche de estos animales se fabrica el exquisito queso denominado *Edam*, nombre de una ciudad del Norte de Holanda, á cuya fama estrecho viene el mundo.

En los dias de mercado, todas las ciudades de esta provincia rebosan de aquellas bellas formas rosadas, amontonadas en pilas como balas de cañon, por calles y plazas, mostrándose al extranjero con cierto orgullo nacional. Alkmaar vende en un año más de cuatro millones de kilogramos; Horn, tres millones; Purmerende, dos; Medenblik y Enkhuisen, de setecientos á ochocientos mil; y en toda la Holanda del Norte más de quince millones de pesetas. Todas estas cosas harán reir á

algun poeta y á alguna señorita, y hasta comprendo que no resultarían bien en un soneto; pero no por esto son ménos buenos, ménos bellos y ménos envidiables los quesos y su industria.

Mientras el barco se acercaba á la ciudad yo iba despertando como de costumbre mi curiosidad, con cuanto en mi memoria sabia y recordaba de Alkmaar; bien ajeno, pobre de mí, de prever el compromiso en el cual me encontraría entre sus muros.

Me la figuraba destruida por Juan de Avesnes, conde de Holanda, en castigo de sus rebeliones; seguía al valeroso carpintero que atraviesa el campamento de los españoles llevando al gobernador de la provincia la orden del Príncipe de Orange para romper los diques, y cuando pierde de vuelta la contestacion; respuesta que encontrada casualmente por Federico, hijo del Duque de Alba, lo induce á que se levante el asedio, librándose de morir anegados. Veía un grupo de estudiantes divirtiéndose en contemplar el campo cubierto de nieve á través de los cristales de hielo aplicados á la boca de los tinteros, y al buen Mezio, que mezclándose en el grupo, saca del juego la primera idea para los anteojos y gemelos. Tropezaba al revolver de una esquina con el pintor Shoruel con la cabeza todavía llena de chichones de los garrotazos que le cupieron en suerte en la taberna de Utrecht, donde concurria á tomar

asuntos y echar una cana al aire con aquel bueno de Juan de Mauberge, su maestro en pintura y en calaveradas. Y por último, me imaginaba las bellas alkmaaresas, que con su aspecto modesto é inocente tuvieron la virtud de arrancar á Napoleón el Grande del aburrimiento mortal que en Amsterdam lo consumía y en Broek lo desesperaba.—Entretanto el correo llegaba á Alkmaar, donde un mozo de cuerda me dijo al punto de saltar á tierra las tres únicas palabras francesas que sabía:—*Monsieur, Hotel y Pourboir*. Y con *Caballero, Hotel y Propina* me quitó la maleta de la mano y me remolcó á una fonda.

A quien haya visto otras ciudades de Holanda, Alkmaar no ofrece nada de extraordinario. Es un pueblo de forma regular, con grandes canales, grandes calles, y las acostumbradas casas encarnadas con sus fachadas triangulares de siempre.

Algunas grandes plazas están soladas con pequeños ladrillos rojos y amarillos, dispuestos en dibujos simétricos que desde lejos parecen un tapiz; y las calles tienen dos aceras, una de ladrillos también para pasar, y otra un poco más alta de piedra adosada al muro, sobre la cual no debe ponerse pié, sopena de ser mirado con ojos de fiera por la gente asomada en las ventanas. Muchas casas están blanqueadas (no sabré decir por qué, tal vez por caprichoso deseo de adorno)

hasta la mitad de la altura; otras pintadas de negro, como si estuviesen de luto; otras barnizadas con la brillantez y lustre de los coches, desde el techo á los cimientos. Las ventanas son bajas, y permiten que se vea á través de los tulipanes y jacintos que adornan los antepechos, el interior de las habitaciones, resplandecientes de espejos y porcelanas, y á las familias sentadas alrededor de las mesas cercando los vasos de cerveza, las botellas de licor, los bizcochos y las cajas de cigarrillos.

Por grandes trechos de calles no se encuentra á nadie; y, cosa extraña, en una ciudad de más de diez mil habitantes, la poca gente, hombres, mujeres y niños, que cruzan ó que están parados en las puertas, saludan cortesmente á los extranjeros.

Pasó por mi lado un grupo de estudiantes con su profesor; éste hizo una señal y todos se quitaron á la vez las gorras; y eso que yo no iba vestido, ni mucho ménos, para poder pasar por un personaje extranjero. La ciudad carece de más monumento notable que de la casa consistorial, edificio del siglo XVII, de estilo medio gótico y medio nada, que se asemeja en pequeño al del municipio de Bruselas. La gran iglesia de San Lorenzo, de la misma época, en donde se halla la tumba del Conde Florencio V de Holanda, luce sobre el coro, á guisa de lámpara, un fac-símile

del buque-almirante, ó la capitana, de la flota de Ruyter.

Al Levante de la ciudad se conserva un espeso bosque que sirve de paseo público, donde en las grandes fiestas se celebra la llamada *harddraverij*, ó carrera al gran trote, con el premio genuinamente holandés de una cafetera de plata. Pero á pesar del gran bosque, de la iglesia, de la casa municipal, y de sus once mil habitantes, Alkmaar no tiene aspecto sino de un gran villorrio, y reina por sus calles un silencio tan profundo, que la música de sus campanarios, más selvática y primitiva todavía que la de las otras ciudades, se siente por todas partes rumorosa, distinta y claramente, de día, como si fuese noche eterna.

Andando por las calles solitarias hácia el centro de la ciudad, empecé á ver un poco más de movimiento, especialmente de mujeres; que siendo día de fiesta, iban llenas de joyas y frontales de oro ó dorados, y que en su mayor parte eran aldeanas. Para decir la verdad, no sé qué tendría en los ojos Napoleon el día de su llegada á Alkmaar; puesto que hay bonitas caras de monja que presentan fisonomías de esas cuya ingenuidad vá declarando: — *No sé nada de nada.* — Y sobre todo se ven mejillas del más delicioso color de rosa que haya podido difundir sobre rostro humano el pudor de una vírgen. Cierto que el efecto de tan maravillosa tez, lo destruye en parte aquel toca-

do extravagante y aquella hechura más rara aún de los trajes. Además de los tufos rizados, de los pendientes como anteojeas de freno de caballo, de la tira metálica que atraviesa la frente, y de la cófia blanca que oculta las orejas, llevan sobre la cabeza, ó mejor, sobre la coronilla, un gran sombrero de paja, de figura casi cilíndrica, con una ancha ala forrada de seda verde ó amarilla, ó de otro color subido, recortada por detrás y vuelta hácia arriba por delante; de modo, que entre el ala y los adornos de la frente, queda un hueco como boca de mónstruo, semejante á aquellas que se colocaban en sus morriones los chinos en otro tiempo para amedrentar á sus enemigos en el combate. Tienen además las caderas desmesuradamente levantadas, no sé si natural ó artificialmente. Y lo extraño es que, así como en el resto de Europa, las mujeres se aprietan la cintura y se ensanchan espaldas y pecho, aquí las bellas que describo hacen todo al revés; se estrechan espaldas y pecho y se ensanchan la cintura!! Y como si esto no bastase, se oprimen (lo supongo, porque no puedo creer que la Naturaleza haya sido con todas tan avara) el seno de tal manera, que no dejan aparecer la más insignificante curva; como si fuese para ellas la exuberancia de carne en tal sitio, muestra inverecunda ó defecto ridículo, mientras que para todas las mujeres, que yo sepa, son esas curvas complemento de la belleza.